Acontecimiento

El acontecimiento será nuestro maestro interior.

Emmanuel Mounier

Edita

Instituto Emmanuel Mounier
Melilla, 10 - 8° D
28005 Madrid
Dirección del I. E. M. en Internet:
http://www.pangea.org/~spie
Correo electrónico:
iem@pangea.org

Consejo de redacción

Luis A. Aranguren Gonzalo Ángel J. Barahona Antonio Calvo (Presidente del Instituto E. Mounier) Luis Capilla Carlos Díaz Luis Ferreiro (Director) Teófilo González Vila Eduardo Martínez Mercedes Muñoz Manuel Sánchez Cuesta Andrés Simón Rafael Ángel Soto

Colaboradores

Jesús Mª Ayuso (Extremadura) José Mª Vegas (Rusia)

El Instituto Emmanuel Mounier trabaja desde la sociedad civil al servicio de los valores de la persona en comunidad. Todas las personas que colaboran en esta revista y en el resto de sus actividades lo hacen de manera voluntaria y desinteresada.

Periodicidad: trimestral.

Administración, suscripciones, publicidad: Instituto Emmanuel Mounier Melilla, 10 - 8º D 28005 Madrid Teléfono/Fax: 91 473 16 97 Depósito legal: M-3.949-1986 Impresión: Palgraphic, S. A. (Humanes de Madrid) Diseño y producción: La Factoría de Ediciones, S. L. Servicios Editoriales Conde de Xiquena, 15 - 2º dcha. 28004 Madrid Teléfono/Fax: 91 310 40 98

Editorial

Ciencias, fronteras y fantasías

Como todo el mundo sabe, el origen de la vida se explica por la química, pero lo que no sabe todo el mundo es cómo se explica el origen de la ciencia química: ni más ni menos que por el misterio de la muerte.

Las creencias religiosas de los egipcios sobre el mundo de ultratumba impulsaron la búsqueda de las mejores formas de conservar los cuerpos. El arte de los embalsamadores (khemeia) necesitaba la indagación de sustancias y procedimientos para aumentar la eficacia de su trabajo.

La guerra, oficio de muerte, proporcionó otro impulso hacia el descubrimiento y manipulación de sustancias resistentes y creó la metalurgia. Y entre los metales uno, el oro, despertó la ambición y estimuló la investigación. Los sueños y las fantasías más grandes bulleron en las mentes de los sabios mientras hervían en sus alambiques y redomas las mezclas más imaginativas.

En todo caso, cualquiera de estos motivos era suficiente para que estos saberes se guardaran celosamente en secreto. Lo cual, a su vez, era motivo para suscitar la curiosidad y la desconfianza. La práctica de la khemeia llegó a ser prohibida por Diocleciano, pues a tal punto llegó la creencia en el éxito inminente del proceso de la fabricación del oro a partir de otros metales que el emperador temía la bancarrota de la economía imperial. Parece que estimaba necesario algunos ajustes o un plan de convergencia, con reducción del déficit y de la oferta monetaria (no hay nada nuevo bajo el sol). Y, claro, si la gente se dedicaba a fabricar oro en sus casas, difícil iba a tener el control de la inflación. Así que, ni corto ni perezoso, mandó quemar todos los tratados de

Como además estos conocimientos procedían del dios egipcio de la sabiduría, Thot, el triunfo del cristianismo acabaría de relegarlo. Su práctica, llevada por los cristianos nestorianos a Persia, sería rescatada cuando ésta cayó en manos de los árabes, quienes la volvieron a introducir en occidente con el nombre de al-kimiya.

Aquí fue practicada por sabios como Roger Bacon, san Alberto Magno, Arnau de Vilanova, Raimundo Lulio y Tomás de Aquino, que creyeron en la posibilidad de conseguir la piedra filosofal que transmutaría los metales. También se creía que a partir de ella se obtendría la panacea que curaría todas las enfermedades, y los más osados aseguraban que ese elixir proporcionaría la vida inmortal. Estas creencias llegaron hasta el siglo xvIII y participaron de ellas ilustres científicos como R. Boyle o Newton.

En la alquimia se encontraban el trabajo técnico serio y paciente, la pasión de penetrar en los misterios de la materia, la ética de la responsabilidad, la humildad del sabio en busca de una sabiduría gratuita y de unos conocimientos para el servicio de la humanidad, la razón filosófica y la mística religiosa. Más que un ácido o un modo operatorio, se cifraba una norma de conducta en la palabra clave «vitriol»: «visita interiora terræ rectificando invenies occultum lapidem», es decir, «visita el interior de la tierra y obrando rectamente hallarás la piedra escondida».

El cenit de este movimiento místico y científico puede situarse en la figura de Paracelso, que da un giro a la alquimia, la hace menos hermética y la orienta al servicio de la humanidad a través de la medicina, en un esfuerzo por renovarla sacándola de la tradición galénica. Pero al popularizarse, después de su muerte se produce una bifurcación entre una corriente de tendencia racional y laboriosa que daría lugar a la química moderna, y otra mágica que terminó llenándose de charlatanes y buscadores de fortuna.

Como la química, todas las ciencias modernas han tenido orígenes y tradiciones en las que se combinaba la razón, el mito, la fantasía y el prejuicio en proporciones variables. De ningún modo ha sido el camino de la ciencia un desarrollo lineal, o un camino seguro como lo quería Kant para la filosofía.

Las fantásticas creencias de muchos hombres de ciencia sorprenden, y más increíble resulta que lo que hoy juzgamos impropio de una mentalidad científica y capaz de retrasar el progreso, con frecuencia fue la motivación que hizo avanzar la ciencia.

Basten unos ejemplos. El avance de la astronomía con Tycho Brahe se debió a su fuerte creencia en el poder predictivo de la astrología.

Los descubrimientos sobre el magnetismo y el campo magnético de la tierra están unidos a la convicción de William Gilbert de la existencia del alma de la tierra y los demás planetas.

Kepler creía en la armonía del mundo, que se movía según una partitura compuesta por Dios en signos matemáticos para que nosotros la admirásemos: «Los movimientos de los cielos no son, pues, sino un concierto perenne», «la tierra se ve afectada por la armonía y la música dulce, porque en la tierra no existe sólo la humedad inerte y desprovista de razón, sino también un alma inteligente que empieza a danzar cuando las circunstancias tocan para ella».

La revolución científica fue un fenómeno del Renacimiento, y como tal un diálogo con las tradiciones filosóficas griegas en el seno del crisol cultural del cristianismo, por eso al lado de toda corriente científica se encontraba una concepción de Dios como mago, artista, arquitecto, ingeniero o matemático.

Junto a ella, una serie de creencias, que hoy pueden parecer absurdas, son comprensibles para aquellos tiempos. Pero cuando vemos el retorno de los brujos, de la magia, de los fantasmas más que de la fantasía creadora, no podemos ya esbozar una sonrisa comprensiva como ante los grandes hombres del pasado inmersos en las creencias de su tiempo, sino desatar sin rubor la «risa filosófica» y fustigar a los charlatanes con la ironía más burlona. No vemos en esas ideas más que la búsqueda de la fama vividora y del vil metal, o el desvarío y la evasión de quienes retroceden ante la complejidad, dificultad o peligrosidad de la ciencia actual.

La persona y la sociedad humana está condenada a vivir en la frontera, en la expansión permanente del conocimiento y de las posibilidades. El ser humano debería ser experto en fronteras, un instinto animal lo encierra en ellas, pero una misteriosa pedagogía lo arrastra de frontera en frontera hasta el infinito sin él saberlo.

La frontera es un signo de finitud y su superación se nos antoja una aproximación al infinito, que nos atrae a su centro con la fuerza de un remolino, porque es el atributo del bien perfecto.

Cuando nos acercamos a él como a algo que se nos niega y ansiamos su posesión a toda costa, entonces nos situamos ante la frontera con el espíritu prometeico de transgresión. De aquí surgen las amenazas y las alienaciones. Buscando ser como Dios no contamos con hacernos responsables de las consecuencias de alcanzar la fruta prohibida, ebrios del ánimo de posesión que termina por cerrarnos el paraíso.

Cuando afrontamos la frontera como algo que se nos da o nos espera sin deseo de arrebatarla, estamos en un camino de salvación, pues las fronteras están en el hombre, ser no fijado todavía, para ser superadas, no para afincarse o atrincherarse en su interior por miedo a afrontar lo desconocido.

IMPRESO PARA DOMICILIACIÓN BANCARIA fotocopie y envíe este formulario Para enviar al Instituto E. Mounier (Melilla, 10 - 8º D / 28005 Madrid) Para enviar a su Banco o Caja Nombre Domicilio del Banco o Caja . C.P. Banco o Caja Agencia número Sr. Director de la Sucursal: Código Cuenta Cliente (CCC) (escriba todos los números) Le ruego que, hasta nuevo aviso, se sirva abonar los recibos presentados por el Instituto Emmanuel Mou-Entidad Agencia D.C. Número de cuenta nier con cargo a mi C/C o Libreta de Ahorros. Firma: **Importe:** pesetas, que corresponden a (marque lo que corresponda): Suscripción a la revista Acontecimiento (4 números, 2.000 pesetas). Cuota de socio del Instituto Emmanuel Mounier (desde 4.000 pts./año).